



Mi Crucifijo

Mi crucifijo es éste: dos pedazos de leño
con un Dios que me mira.
Tiene veintidos años. Nació junto conmigo.
Sobre la cabecera de su lecho de esposos
lo colgaron mis padres con santa reverencia.

Vió llegar a la vida uno a uno a los hijos,
vió morir dos pequeños, vió partir al mayor...
Pero el mayor tenía doce años. En sus ojos
de chiquillo inocente dormía una promesa:
"yo seré sacerdote", repetía el chiquillo,
yo seré sacerdote...

Y un día...

En la mañana de aquel día mi madre
preparaba mis pobres ropitas de estudiante,
ropas blancas y limpias como para una fiesta.
Y en aquella valija y en aquel envoltorio,
entre pañuelos nuevos y la primer sotana,
empezó a acompañarme mi amigo crucifijo.

Mi madre, aquella santa
sin títulos añejos y sin literatura,
al besarme en los ojos para el adiós supremo,
Va contigo, me dijo, va nuestro crucifijo.
Hijito, reza mucho, si quieres que tu madre
te bese cuando vuelvas...
Y aquel seminarista con el alma en el hilo
de su primer asombro y de su primer ensueño,
partió para la vida, llevando un crucifijo.

Dos pedazos de leño
y un Señor que me mira.

Sobre la estampa rota de aquel viejo recuerdo,
reconstruyó una historia: los dos la conocemos.
(vió morir dos pequeños, vió partir al mayor...
vió llegar a la vida uno a uno los hijos...)
El mayor es ya un hombre. Tiene veintidos años.

Desde aquel envoltorio — las manos de mi madre
lo preparan de nuevo — se abren como los brazos
de aquellos que me esperan, los brazos doloridos
Del Señor que me mira...
Dos pedazos de leño y un amor que no acaba...

Qué más quieré mi vida para ser mía y suya?
 Yo no ambiciono nada...
 No me quemán las penas, ni me duele la envidia,
 ni me asusta la altura, ni me cabe un abismo...
 Para pintar mi cielo bastaría una estrella,
 para llenar mi vida, basta un Dios que me mira.

Cuando el mundo me enseña su carota gastada,
 cuando me ensucia el barro de sus charcos podridos,
 cuando los hombres tiene para mí, que soy hombre,
 por cada amor de niño que les da mi confianza,
 una mentira nueva,
 cuando el cielo de afuera no es para el alma simple
 la calle íntima y clara, abierta y conocida...
 y hasta parece que algo se rompiera en las manos
 de los que nos las tienden con vergüenza de amigos,
 entonces... como el único refugio de la pena,
 me voy solo conmigo dos minutos y sueño:

Dos pedazos de leño
 y un Señor que me mira.

Mi crucifijo es ese: un amigo que me abre
 sus dos brazos de amigo...
 Un amigo que siempre me espera. Y un amigo
 que me ha visto nacer, que me siente vivir,
 que llora con mi llanto y exalta con mi júbilo,
 un amigo — y el único — que entre mis pobres manos
 de cadáver, se hará polvo, con mis huesos...

No tiene más palabras que su cuerpo extendido.
 No tiene más consuelo que sus manos llagadas
 y no tiene más premio que su costado herido.
 Una palabra viva tiene su boca muerta:
 me quitaron la vida, para dártela a tí..

Yo te hago esta oración, hoy que el alma está en paz.
 Por favor, mi Señor, que nunca se me cierren
 esos brazos abiertos sobre mi corazón...

Yo te quiero, mi Dios, como estabas entonces
 en aquel envoltorio,
 como estabas entonces en mi alma de chiquillo,
 como te comprendía mi madre en su infalible
 teología de madre,
 yo te quiero, mi Dios, colgado de tu cruz...
 (Yo seré sacerdote, repetía el chiquillo,
 yo seré sacerdote...)

Tú que me has dado todo mira lo que te pido;
 Tú que siempre estuviste conmigo — en la memoria,
 dos pedazos de leño con un Dios que me mira —
 hazme digno de estar así... siempre contigo.

Y el chiquillo hecho grande,
 con sus manos de "Cristo" —ungidas manos nuevas—
 te dará a los que sufren, hecho Pan o Palabra,
 hecho Cruz o Bautismo, Perdón y Eucaristía.

Y el premio será verte, Señor, todos los días
 abriéndome los brazos, esos brazos de amigo.

Severo Reynoso

Roma, Julio. 1934.